

# El valor de la filosofía\*

## The value of philosophy

## O valor da filosofia

*Fecha de entrega: 15 de diciembre de 2013*

*Fecha de evaluación: 15 de abril de 2014*

*Fecha de aprobación: 13 de junio de 2014*

*Freddy Santamaría Velasco\*\**

Hoy que tengo el honor de ser nombrado Decano de la Facultad de Filosofía y Letras es mi deber tener presente lo que decía Bernardo de Chartres: que *somos como enanos a los hombros de gigantes. Podemos ver más, y más lejos que ellos, no por alguna distinción física nuestra, sino porque somos levantados por su gran altura*. Lo que más tarde Newton reconocía a su amigo Robert Hooke “Si he visto más lejos, es porque estoy sentado sobre los hombros de gigantes”. Hoy yo también deseo apoyarme en hombros de gigantes, reconociendo y mirando hacia adelante.

Vale la pena recordar esto, no solo porque históricamente el filosofar ha sido una actitud apoyada en gigantes, en los clásicos, en la tradición, sino porque la filosofía, y nadie como esta, piensa mejor acerca de su tiempo. Nuestra facultad ha entendido esto desde sus inicios. Pensar sobre su tiempo. El filosofar es una tarea situada, condicionada por los contextos histórico-culturales en los que se ha producido. El filosofar es posible, como lo muestra la actitud tomista y la de los clásicos del pensamiento filosófico, a partir de la recreación de la misma tradición. Apoyado en la tradición,

---

\* Discurso de posesión como Decano de la Facultad de Filosofía y Letras.

\*\* Doctor en Filosofía de la Universidad Pontificia de Salamanca, España. Filósofo y Licenciado en Filosofía de la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín. Investigador de la tradición analítica, especialmente de las obras de Wittgenstein, Searle, Kripke y Goodman.

el filosofar latinoamericano, propio de nuestra Facultad, implica una actitud crítica: el “consentimiento de la realidad”.

Por esta razón, en la Facultad de Filosofía y Letras se ha entendido el filosofar latinoamericano como una apertura a la tradición y a la realidad enmarcada por el contexto histórico-cultural a partir del cual se realiza. Como reza en nuestros documentos: “que la filosofía sea significativa para América Latina y América Latina significativa para el filosofar: tal ha sido la divisa latente que ha animado la opción latinoamericanista de la Escuela de Filosofía de la Universidad Santo Tomás de Bogotá, Colombia”.

Esta actitud crítica de la Facultad de Filosofía y Letras, como expresión de su racionalidad, asumió, como asunto de escuela, la tarea de tener pensar propio, como un proyecto académico que permea y debe atravesar toda la Universidad. Esta es precisamente la labor y, a la vez, el valor de la filosofía: intentar otorgar a la vida una toma de consciencia radical, en pos de seres humanos mejores. Según Heidegger (2000), la filosofía no puede confundirse con el quehacer de otras disciplinas. Lo propio de la filosofía es el pensar. En esto radica su acción. Imaginémonos una ciudadanía sin *pensamiento*, una universidad sin reflexión, una universidad sin filosofía. ¿Qué mejor articulación y aporte a la estructura social que la racionalidad misma? Esta, en efecto, le asigna sentido a cada individuo y al *quehacer* de una colectividad. ¿Cómo podría hablarse de una sociedad libre, ausente de reflexión y consciencia?

Por eso, no es de extrañar la crítica de Heidegger hacia aquellas concepciones que exageran el papel de la experiencia tangible y que pretenden que algo sea útil por sus consecuencias fácticas y provechosas para el movimiento mercantilista. Más aún su crítica rescata la necesidad de la formación en el ámbito del pensar; por eso, la filosofía se convierte en un asunto de escuela, de universidad, al enfatizar que este *querer-ser-humanidad* se traduce en proyecto colectivo, en una necesidad de formación en pos de ese ideal, esto es, en el carácter fundamental y constitutivo —y aparentemente abstracto— de la razón, del pensar. El énfasis de tal empresa del pensar está en conseguir “una formación integral de las personas”, esto es, que alcancen una humanidad plena; esto se constituye entonces como misión de nuestra Universidad.

Por eso, frente al diluvio de conocimientos positivos, el valor de la filosofía no se ha resuelto nunca por la acumulación de argumentos en favor o en contra de una solución frente a algún problema. Este valor tampoco se ha alcanzado a través de los resultados patentes y evidentes, en el simple enciclopedismo o en la actual intoxicación

debida a tanta información. Mucho menos se ha logrado en la utilidad inmediata. Hacer filosofía es otra cosa: requiere de tiempo, silencio, trabajo y sin lugar a dudas vocación, una férrea vocación filosófica. Si no es así, como afirma el historiador británico Peter Burke, hablando críticamente de las formas de conocimiento en el presente, que “podemos convertirnos —recordando la idea con las que iniciamos estas palabras— hoy fácilmente en gigantes de la información, pero también en enanos del conocimiento”. Zubiri lo advertía: “este mundo que se mide así por su utilidad, comienza a perder progresivamente la consciencia de sus fines, es decir comienza a no saber lo que quiere”.

Pero, entonces, ¿cuál es este nivel que debemos alcanzar en la filosofía en estos tiempos en los que la utilidad se ha convertido en la norma por excelencia? O de otra manera, ¿cuál es la comprensión que la filosofía —y con esta todos nosotros— está llamada a desarrollar y fundamentar ante el requerimiento de una sociedad muchas veces hundida en la barbarie, la injusticia y la irracionalidad? Es pertinente otra cuestión: ¿cuál es la comprensión con la que nos comprometemos en este ámbito?

Hay que decir que las expresiones “actitud crítica” y “actitud filosófica” aparecen, si no como idénticas, al menos como paralelas y necesarias para resolver la pregunta sobre el papel de la filosofía o de los pensadores filósofos en el mundo de hoy. Lo que Foucault ha denominado *estos*, es decir, la *ontología crítica sobre nosotros mismos*, es en último término nuestro ejercicio de la libertad, es decir el ejercicio del pensar. Por esta razón, se entiende que Russell, en *Los problemas de la filosofía*, diga:

El valor de la filosofía debe hallarse exclusivamente entre los bienes del espíritu, y solo los que no son indiferentes a estos bienes pueden llegar a la persuasión de que estudiar filosofía no es perder el tiempo.

La filosofía, como todos los demás estudios, aspira primordialmente al conocimiento. El conocimiento a que aspira es aquella clase de conocimiento que nos da la unidad y el sistema del cuerpo de las creencias, y el que resulta del examen crítico del fundamento de nuestras convicciones, prejuicios y creencias. (Russell, 1991, p. 130)

Es inevitable pensar que la utilidad de la filosofía, si se puede hablar de esta, consista solo en alcanzar un conocimiento en un sentido especulativo de los términos. Sin embargo, esta especulación, esta aparente inutilidad de la filosofía, es la puesta en

marcha de una reflexión que mejora la condición humana, todo proyecto académico; sin filosofía no nos podemos entender, sin las preguntas de la filosofía, nuestra vida se reduce a dejar que la vida siga su propio curso. Es por eso que habría que redirigir el llamado de atención de Horkheimer en estos tiempos: “[...] la esperanza de que el horror terrenal no posea la última palabra es seguramente un deseo no científico. Seguramente es un deseo filosófico” (citado por Jay, 1989).

Para terminar, conviene recordar las palabras de Santo Tomás: “[e]s propio de la inteligencia humana preparar el futuro desde el presente y el pasado” (ST, II-II, 47, 1). En ese sentido, espero poder ir por poco a poco por los riachuelos para adentrarme en el mar, con agudeza para entender, con capacidad para retener, con método y facultad para atender, con sutileza para interpretar, con gracia y abundancia para hablar. Como amante de la sabiduría que soy, como profesor de filosofía y hoy como decano, pido a Dios acierto al empezar, dirección al continuar y perfección al acabar la tarea y dignidad que asumo con la mayor esperanza y el más abierto entusiasmo.

Quiero dar las gracias al Dios de la vida, principio y fundamento de mi existencia, a mi madre, Briceyda, que así como la recordada Briceyda de Troya, raptada por el terrible Aquiles, me ha enseñado con paciencia siempre el valor de luchar en la vida, perseverar en el amor y sobre todo me ha motivado con su ejemplo y compañía el intentar ser mejor un hijo y un mejor hombre cada día. Filosofar, como bien lo decía Wittgenstein, es como trabajar sobre uno mismo; en ese trabajar se nos va la vida. Gracias mamá. También expreso agradecimiento a los Padres Dominicos por confiar en mí, al padre rector Carlos Mario Álzate y al padre Vicente Becerra, al padre Adalberto Cardona, al doctor Rafael Antolínez, de quien he aprendido tanto. Gracias don Rafael. A mi primer profesor de filosofía, el profesor Carlos Mora, mi profesor de bachillerato, que me dijo por primera vez aquella tesis de que “una vida sin examen no merece la pena de ser vivida”. A mis amigos de la academia, mis amigos del espíritu. A mis alumnos, aquellos que le dan sentido a nuestra vocación. A tantas personas que quiero y acompañan mi vida en estos momentos. A todos gracias.

Bogotá, D. C., 3 de mayo de 2013